

Que el vulgo ignorante aplauda,
Aunque seduzcas al mundo,
¡Infeliz! á Dios no engañas.

¡Oh virtud como te ultrajan!

CLARA.

Y una vez fuera de aquí,
Y libre de esta canalla
Que me cerca...

(Al ver á don Martín, muda el tono y la acción.)

Sólo siento,
¡Sábelo Dios!... que no hayan
Seguido mi parecer:
Yo he querido ser descalza,
Porque á mas austeridad
Mayor corona se guarda, etc.

Estos y otros pasajes, repetimos, están al nivel del objeto moral de la comedia por su fuerza y su valentía; lo está toda la escena entre don Luis y doña Clara; lo está también la última, modelo de dignidad y de nobleza, que no puede ser escuchada ni leída sin una conmoción deliciosa; pero el carácter de doña Clara, ya se consideren sus intenciones, ya los incidentes á que da ocasión, ya, en fin, su existencia pasiva en la comedia, pues está atendida á lo que Perico y don Claudio quieren hacer de ella, si bien corresponde al plan y naturaleza del cuadro que ha ideado el autor, no es, en nuestro dictamen, suficiente á presentar en toda su ridiculez y perversidad el vicio que se intenta corregir.

Resumiendo, pues, cuanto llevamos dicho, la *Mogigata*, en nuestro sentir, debe sostener y acrecentar la reputación que el autor se tiene adquirida en un género tan difícil. Los descuidos que hemos notado, unos prueban lo árduo del arte, y otros están salvados con una plumada; y en cuanto al defecto del carácter principal, tal vez debe atribuirse más á las circunstancias que á culpa del autor, el cual da en su obra, no una, sino muchas señales de poder tratar á la hipocresía como merece.

El buen suceso que ha tenido en el teatro, los aplausos y la aprobación pública deben animarle más y más á cultivar un género en que, según dice en su linda dedicatoria, las Musas han vinculado su fama. Hallándose en lo mejor de su edad, y por consiguiente, en la fuerza de su talento, seguido de una reputación tan justa y tan envidiable, seguro de la favorable disposición con que sus obras se esperan y se oyen, ya debe aspirar á más: debe dar la ley, y no recibirla, pintar más en grande, perseguir otra clase de vicios que los que ha ridiculizado hasta ahora, vengar á los buenos de los malos, haciendo á éstos objeto de la risa y execración universal, y marchar atrevidamente á ser el primer pintor de los desvarios de su siglo, que harta cosecha tiene en que ejercitar sus talentos. Nuestra estimación hácia él, y el celo que nos anima por la gloria y progresos de nuestra literatura, son los que nos dictan estas reflexiones, y no le hacemos la injuria de sospechar que pueda ofenderse de ellas.

POESIAS.

Á VALERIO.

EPÍSTOLA (1).

En fin, ya tus pinceles y colores
Envidia son, Valerio, á los más diestros....
¡Dichoso tú! que manejando ahora
Con tal destreza y tan felice suerte
Una arte celestial y encantadora,
Gozoso y satisfecho, logras verte
Dueño del hombre y sus pasiones todas:
Tú, con la magia del pincel seguro,
Su atención arrebatas donde quieres;
Tú, llevando la vista á los placeres,
Tornas suave el corazón más duro,
Y horrendo espanto y confusión inspiras
Cuando, Marte animando tus pinceles,
Solo combates y furor respiras.
Levante, pues, el misterioso velo
Con que natura sus beldades cubre,
Tu gran genio, y sus ámbitos girando,
La belleza ideal beba en su fuente.
Que, cual águila rápida, á las nubes
Se lance impetuoso, y discurrendo
Los magníficos orbes celestiales,
De idealidad se llene, y descendiendo
Desde allí al suelo, de tu mente altiva
Todo lo bajo y terrenal desvie,
Díctate tus obras y tu mano guie.
Tú en su vuelo ambicioso no detengas
El giro arrebatado de sus alas,

(1) Esta epístola sobre la filosofía del arte de la pintura, dedicada á un pintor insigne, fué recitada por QUINTANA en la Academia de San Fernando el 4 de Agosto de 1790. Es la inspiración de una musa que aun no ha soltado los andadores, pero que prueba á caminar por sendas arduas y encumbradas. QUINTANA tenía diez y ocho años, pero en medio de la inexperiencia ya asoma en algunos rasgos el nimen patriótico y brioso que había de levantarse despues á tanta altura. (Nota del Colector.)

Ni que la servidumbre al gusto ajeno,
Ni el interés tu inclinación te ahoguen.
El haberse tal vez abandonado
A móviles tan bajos los pintores,
¡Cuántos males, Valerio, ha producido!
Hubo un tiempo infeliz, en que vendido
El pincel á fanáticas ideas,
Feroicidad y horror sólo pintaba.
El negro fanatismo, con la mano,
Con la mano funesta y execrable
Con que al hombre y la tierra desolaba,
Llenó de horror los cuadros, y con sangre
Manchó todos los templos: hay algunos
En cuyos tristes muros verás sólo
Suplicios, muertes bárbaras y miembros
De los troncos sangrientos arrancados,
Palpitantes aún: vuelve á otra parte
La vista, ¡y qué hallarás? Velos oscuros
Y lóbregas capillas, macilentos
Cadáveres vivientes, las virtudes
Con aspecto el más hórrido... Mi alma,
Asustada al mirar tales horrores,
Huye del sacro templo profanado,
Y maldice y detesta á sus pintores.
Yo no culpo los hechos varoniles
De aquellos héroes que á su Dios mostraron
Tan inmensa lealtad, que abandonaron
La vida á la crueldad de los gentiles,
Y con su sangre la verdad sellaron;
Mas me ofende un horror, que desfigura
La bondad de la Ley, manchando á un tiempo
Su cándida pureza y su hermosura.
Así, Valerio, pues que amable quieres
Hacer la religión, pintala amable
Cuando de Dios excelso y adorable
Una imagen mostrar quieras al hombre.
Que no con gesto amenazante y fiero
Su timidez y poquedad asombre:
El benéfico Ser en él se vea,

Y la bondad del Créador del mundo
En su semblante retratada sea.
Que rayos puros de su inmensa gloria
Tu mente enciendan cuando el templo ornare.
Y si los héroes de la Ley pintares,
Parezcan inflamados en su gloria.
La virtud del horror es enemiga,
Y cuando en ellos presentarla quieras,
Que á imitarla me mueva y lo consiga.

Ya Mengs y Rafael te precedieron
En la carrera de tan noble empresa.
Imitalos, Valerio: ellos pintaron
Con dignidad la religión divina,
Y en su augusta nobleza la mostraron.
De pasmo al orbe atónico llenaron
Con su sublimidad y expresión viva;
Y la mano del tiempo, que derriba
Los mármoles y torres más enormes,
Jamás removerá de sus asientos
Aquel altar que la brillante gloria
A su estudio ha elevado y sus talentos.
Dejemos, pues, al fanatismo insano
Su carácter sangriento: abandonemos
Sus máximas horribles, y busquemos
Otras, del siglo en que vivimos dignas,
Más humanas, más dulces, más amables.
Pero evita el extremo: no te enerves,
Y que al desamparar la aborrecida
Vereda del terror, no te abandones
A la afeminación más corrompida.

Lucidio, aquel pintor cuyo gran genio
Frutos tan excelentes prometía,
Y que á immortalizar los grandes hechos
Sólo parece que nacido había,
De algunos sibaritas corrompidos
Por adular el gusto afeminado,
Su talento sublime ha abandonado,
Su robusto pincel y sus ideas.
Y en vez de dedicarse á las acciones
De los antiguos ínclitos varones,
Se encuentra enteramente embebecido,
Pintando á Julia descubierto el seno,
Y al Amor en sus brazos adormido;
El cual despide su letal veneno
Contra un amante que el encanto mira
Del seno regalado, y que suspira,
De dulce fuego arrebatado y lleno.
¡Abandono funesto! ¡Entrometerse
En tales liviandades un Lucidio!
Su mano, su pincel y sus colores
Aborrecen sin duda el ocuparse
En los juegos, la risa y los amores.
En vano estudia y su saber apura:
La morbidez suave y la dulzura
De la linda zagala que pintaba,
Del escabroso cuadro habían huido.
Jamás á hombre ninguno ha concedido
Natura avara la excelencia en todo.

El género, Valerio, á que te inclines
Únicamente tu atención se lleve,
Sin que á objetos diversos la encamines.
¿Es sensible tu pecho por ventura?
¿Tienes un alma tal, que alborozada
Llore al mirar la humanidad honrada
Por una noble acción? Sigue su impulso,
Y estudiando la historia, en ella mira
Acciones mil sensibles y suaves,
Y el bien contempla y la piedad admira.
Allí verás á Marcio, ardiendo en ira,
Abandonar su bárbaro proyecto
De la tierna Veturia al solo aspecto:
Allí verás también un templo augusto
Que á la piedad filial se construyera:
Él fué cárcel un tiempo hórrida y fiera,
Donde una madre misera gemía,
A morir sin sustento abandonada.
Su hija, empero, allá corre desalada,
Y los feroces guardias engañando,
Entra, la abraza ansiosa, y aplicando
Un dulce pecho á la materna boca,
La dulce y la sustenta. ¡Piedad grande!
¡Ingeniosa piedad! Merecedora

De los dulces y bellos sentimientos,
Que ¡oh sexo femenino! tú solo inspiras.
Mas si á la gloria á que encendido aspiras
Quisieres arribar, busca la gloria.
Si las fuertes virtudes te arrebatan,
Si el patriotismo honroso y la victoria,
Y los héroes sublimes y sus hechos
Tu espíritu conmueven, inflamado
Camina, y sigue por el gran sendero
Que ya Lucidio abandonó primero.
Los altos hechos que la madre Hesperia
Con tanta muchedumbre ha producido,
Y que abismados en el hondo olvido
Tiene una infame negligencia, salgan,
Salgan á luz: los lienzos, animados
Por tu noble talento y tus pinceles,
Muestran aquellos héroes olvidados,
Cuyas grandes virtudes y almas grandes
Por tí sus descendientes las estimen,
Honren su patria y al valor se animen.

El hijo de Fabila, acaudillando
En medio de Gijón á los astures,
Y las fuertes cadenas quebrantando
De la patria oprimida: el Cid Rodrigo,
Obligando á su mismo soberano
A jurar de que cómplice no fuera
En la pérdida muerte de su hermano:
Guzman, que desde el muro de Tarifa
Ve al bárbaro cruel que le presenta
De un hijo amado la funesta muerte,
O de su ilustre nombre el vil desdoro;
Y el héroe no faltando á su decoro,
Con generoso brazo al punto arroja
Su espada fulminante al campo moro,
¡No son, Valerio, acciones que merecen
Alabanza inmortal? ¡No son acciones
Donde un genio elevado como el tuyo
Puede brillar y eternizarse puede?

Héroes sublimes, si mi humilde lira,
Que sólo amores lánguida suspira,
Fuese bastante á vuestros grandes hechos,
Yo, mi voz levantando, cantaría
La España ennoblecida en vuestras glorias,
Y de vuestras espléndidas victorias
La rápida carrera seguiría.
Que su trompa inmortal la poesía,
Y su pincel divino la pintura
Dediquen para siempre á eternizaros.
Vosotros, de la patria firme apoyo,
Terror del moro en las batallas fuisteis:
Vosotros siempre al pueblo defendisteis
De la dura opresión y tiranía;
Y vosotros carácter le prestábais,
Y vosotros le dabais energía.
Cuando Catón y Bruto contemplaban
Las imágenes libres y grandiosas
De los primeros cónsules del Tiber,
Y respirar sus frentes generosas
El patriotismo y libertad veían,
En un noble entusiasmo se encendían,
Y á libertar la patria se aprestaban.
Catón, el primer hombre de la tierra,
Viendo triunfar al bárbaro tirano (1),
La vida acaba por su misma mano;
Y Bruto sacrifica en noble brío
Aquella ansiada víctima, y se esconde
Entre las ruinas y funesta tumba
Donde la antigua libertad yacía.
¡Qué gloria para tí! si en algún día
Un descendiente de Guzman, mirando
Su acción por tu pincel eternizada,
En ejemplo tan grande se inflamase,
Y sus virtudes á imitar volase,
¡De cuántos lauros tu cabeza entonces
Adornáran la patria y la pintura!
Animo, pues, Valerio: insta y apura
Los secretos del arte en tus tareas;

(1) El bárbaro tirano es Julio César. No extrañará tan exaltado lenguaje quien considere que esto lo escribía QUINTANA en los albores de la juventud, y en una época en la cual la crítica histórica era superficial y apasionada. (Nota del Colector.)

Que el genio y la razón siempre te guien.
Así te igualarás á los varones
Que ya te han precedido: así se sube
Do el grande Rafael, Mengs peregrino,
De la áurea eternidad en las mansiones,
Tienen su asiento en esplendor divino (1).

A ELMIRA (2).

¡Ay! que el amor, en sus venganzas fiero,
Nunca perdona el corazón ingrato
Que injustamente le ofendió primero!
Yo, atado á la cadena
De la austera razón, sigo gimiendo
Sus dolorosas huellas,
En tanto que las débiles querellas
De mi adorada amante, el aire hendiendo,
Dan en mi corazón.... Perdona, Elmira:
Si al fin venganza á mi impiedad deseas,
El amor te la da; mírale ardiendo
En rencorosa ira,

Tornarse en furia por vengar á Elmira:
Y decirme, «¡Ah críel! ¡así te alejas

Del tesoro de gracias y de amores
Que en ella te ofrecí, y á los dolores
Abandonada y sin piedad la dejas?
¿Qué más lograr de mi favor debías?
Pura, inocente como la alba nieve
Que en el silencio de las selvas yace,
Y el alto sol mirándola se embebe,
Jamás las palmas que la Arabia cria
A competirla osaron
En fresca gentileza y gallardía.
¡Ah bárbaro! tú nunca
La mereciste; adios, queda entregado
Al desaliento mísero, y las penas
En que inhumano á la infeliz condenas.
Llegó tu vez, las fuentes se secaron
Del sentimiento en tí: vive, mas sea
Sin amor, sin placer!»

Perdona, Elmira;
¿Por qué tanto rigor? si hubo un instante
Desde la aciaga hora
En que te dije adios, que no hayas sido
De aqueste pecho amante
Encanto celestial, reina y señora;
Si hubo un momento nunca en que el olvido
Desvanecer pudiese
De tu amor inefable la memoria,
Que el ambiente me falte que respiro,
Y de verte jamás pierda la gloria.
Como flecha del arco despedida,
Por mi furioso frenesí lanzado,
He corrido, he volado,
Salir ansiando en mi ligera huida
De este amor que me sigue encarnizado.
Vi la pompa soberbia que despliega
En su centro el poder; mi fantasía,
A su esplendor enajenada y ciega,
Las agradables horas recorria,
Cuando á par de tus gracias y hermosura,
Pintada mi ventura
En tus celestes ojos yo veía:
¡Ventura que un monarca envidiaría!
Tal vez trepaba á la fragosa altura
De la encumbrada sierra,
Y allí insano vagando,
Mis sollozos lanzaba y mis dolores
Debajo de los árboles sombríos,
Al eco de los vientos bramadores,
Mientras las pardas nubes
Sobre mi frente atónita volaban,
Y á mis pies los torrentes se arrojaban.
¡Oh soledad sublime y turbulenta!
¡Cuántas veces oíste el dulce nombre

(1) En estos últimos tres versos y en algún otro hemos adoptado leves variantes que encontramos en un antiguo manuscrito de Salamanca. (Nota del Colector.)

(2) Esta composición, suprimida en las ediciones posteriores, fue publicada por QUINTANA en la primera edición de sus poesías (1802). (Id.)

Que mi amorosa boca repetía,
Y que en tus hondas cuevas estrellado
A herir mi oído sin cesar volvía!
¡Cuántas viste grabarle en la corteza
Del duro roble! ¡Cuántas,
Cansado de mi vida y mi amargura,
Los precipicios horribidos buscaba
A encontrar en su abismo sepultura!

Héme en fin á tus pies, triste, anhelando
De tu favor divino
Un rayo de alegría:
Tuya es mi vida, y tuyo mi destino:
Perdona, Elmira mía,
El error de un momento en que los cielos
Me han dejado caer, porque más pura,
Más acendrada mi pasión se vea.

Vuelve hácia mí tus apacibles ojos;
Que escrito en ellos mi perdón se lea,
Y que amor, en sus iras menos fiero,
Benigno admita al corazón ingrato
Que injustamente le ofendió primero.

A UN AMIGO

que, bajo el emblema de una violeta, me escribía lisonjas y esperanzas.

SONETO.

No con vana lisonja y blando acento
Me quieras engañar, huésped del prado;
Yo no soy lo que fui: rigor del hado
Me condena por siempre al escarmiento.
Nunca lozana á su primer contento
La planta vuelve que trunció el arado,
Por más que al cielo le merezca agrado
Y que amoroso la acaricie el viento.
Anda, pasa adelante; en otras flores
Más ricas de fragancia y más felices
Pon tu dulce cuidado y tus amores;
Que es ya en mí por demas cuanto predices,
Pues el aire del sol con sus ardores
Quemó hasta la esperanza en mis raíces.

ODAS.

I.

En la muerte de la excelentísima señora doña Piedad Roca de Togores, duquesa de Frias. (1830.)

¿Nos escuchas, Piedad? ¡O ya en tu oído,
Negado al sentimiento,
Tardo penetra el congojoso acento
Del lúgubre alarido?
Abre al menos los ojos, y cercado
Verás tu lecho triste
De los hijos de Apolo, que ya viste
Con tan celeste agrado;
Que ora afligido su doliente canto
Hasta el Olimpo envían,
Y arrancarte á los ámbitos porfían
Del reino del espanto.
Ni oye ni ve... Cual sierpe espantadora
En contemplar se agrada
La miserable cierva emponzoñada
Que atroz al fin devora.
Tal la muerte críel á la agonía
De nuestra amiga atiende,
Y el aire que infecta se suspende
Con bárbara alegría;
Y con su mano descarnada oprime
El anhelante pecho,
Que, al fiero impulso del dolor, deshecho
Y enronquecido gime.
Ya de la tumba la mansión postrera
Abre su centro oscuro,
Do con cien brazos de diamante duro
La eternidad la espera.
Y allí... ¿No hay compasión? ¿No habrá en el ciclo
Un número que propicio
Use con ella su piadoso oficio
Y acalle nuestro duelo?

¿Tú, amor, lo sufrirás? ¿Tú, que en la cuna
Su albor primero viste,
Y el dón precioso de agradar le diste,
Mayor que su fortuna?

¡Oh Dios! Esa beldad, flor de Castilla,
Que al Támesis, que al Sena
Con gracia noble y majestad serena
Fue encanto y maravilla;

Esa boca apacible, afectuosa,
Que en grata melodía
Sales sin fin y discreción vertía
De su flamante rosa;

Esos ojos purísimos, que sólo
Su patria dar pudiera,
En cuya luz alegre reverbera
El gran fanal de Apolo;

¡Todo, todo ceniza y horror ciego
Va á ser en un instante!
Deten ¡oh muerte! el brazo fulminante;
Detenle á nuestro ruego.

Déjala contemplar su hermoso día;
¿Quién vio á la flor lozana
Morir antes que cumpla una mañana
Ni el sol á mediodía?

— «¡Temeraria ilusión! ¡Loca esperanza!
¿Atajar á la muerte en su camino?

¿A mí, que sorda soy cual la venganza,
Y aún más inexorable que el destino?
» Granos todos de incienso al fuego que arde,
Delante de mi altar sois consagrados:
Que uno caiga más pronto, otro más tarde,
¿Por eso habeis de importunar los hados?

» Piedad nació para morir ahora;
Á esta ley de rigor debió la vida,
El que por verla agonizando llora,
Su oriente acusa y su existencia olvida.

» Bella fué, bella áun es, la amasteis bella:
¿Queréis que venga la vejez odiosa
Y en ella estampe su ominosa huella?
Muera más bien que envejecer la hermosa.

» Muera más bien que su candor nativo
Empañe el tiempo y su esplendor deshaga;
El tiempo, que tan impío como esquivo
A la misma virtud vence y estraga.

» Viva anhelais la que tan noble ha sido,
La que tan dulce fué; mas, ¿por ventura
Esté lauro en su frente, hoy merecido,
De ostentarlo hasta el fin está segura?

» No puede en vicios convertir mañana
Las que adorais virtudes! ¡Oh insensatos!
Dejad esa querrela injusta y vana,
Y no os mostréis al beneficio ingratos.

» Yo en mi sueño letárgico y profundo
Le doy estable paz, descanso cierto:
Yo contra el recio temporal del mundo
Aseguro su gloria y soy su puerto.

» ¿Qué valen, pues, tan frívolos clamores?
No es á ellos dado eternecer mi oído;
Y ya que no es posible á mis rigores,
Salvada en vuestros cantos del olvido.» —

Dijo así la feroz, y en risa amarga
Bañado el rostro horriendo,
Las espantables alas extendiendo,
El golpe atroz descarga

Sobre la triste víctima, que herida
Cierra los bellos ojos,
Dando en un ¡ay! al monstruo los despojos
De su infelice vida.

II (1).

CRISTINA.

Canción epitalámica al feliz enlace de S. M. C. don Fernando VII con la serenísima señora doña María Cristina de Borbon.

AL REY NUESTRO SEÑOR.

Nunca osára, Señor, la musa mía
Al eco unir del general aplauso

(1) En la sección de Odas colocamos esta canción. Por sus elevados conceptos y por su entonación noble y robusta, pertenece á la más alta esfera de la poesía lírica. (Nota del Colector.)

Los ecos de un aliento que se apaga,
Por la desgracia y por la edad cansado.
Ved cómo yace envuelta en largo olvido
Mi inútil lira: trémula la mano
Va sus cuerdas á herir, y á hallar no acierta
Su antigua resonancia y su entusiasmo.

Otra fuerza, otra voz, otra armonía
Pide al cantarse el venturoso lazo
En que vos afirmáis vuestra ventura,
Y también su esperanza el orbe hispano;

Y á ensalzar dignamente de Cristina
La florida hermosura, el dulce encanto
Y la índole celeste, áun no bastara
A píndaro su voz, la suya á Horacio.

Mi timidez iguala á mi respeto;
Pero vos lo queréis; y á quien los hados
Quisieron siempre defender propicios
Y en la alta cima del poder sentaron,

¿Cómo un flaco mortal, que sin su escudo,
Juguete fuera del rencor contrario,
Este esfuerzo, aunque débil, negaría,
Sin riesgo al fin de parecer ingrato?

¡Ah! no: suene mi voz, los aires rompa;
Y aunque ronca y cansada, el holocausto
Haga de su temor ante las aras
Del refulgente sol que ya adoramos.

Quizá aquel fuego que á mi musa un día
Pudo animar en sus mejores años,
De sus yertas cenizas sacudido,
Vuelva á encenderse á tan hermosos rayos.

Otros la cantarán con más fortuna,
Con talento mayor; y hasta los astros
Alzar conseguirán su inclito nombre,
En las alas del genio arrebatados.

En mí supla al talento el buen deseo;
Y estos rudos acentos de mi labio,
Que van de vuestra esposa al régio oído,
Hallén, Señor, si no alabanza, agrado.

SEÑOR,
Á L. R. P. DE V. M.
MANUEL JOSÉ QUINTANA.

CANCION.

Accipe fortunam generis, diadema resume,
Quod tribuas natis, et in hoc penetralia rursus,
Unde parens progressa, redi.

CLAUDIANO.

¡Oh belleza! alto dón, rico tesoro,
Precioso bien á la mujer guardado,
Con más vehemencia ansiado
Que el diamante oriental, y más que el oro;
¿Quién te dió ese poder? ¿De quién hubiste
La magia celestial? En donde quiera
Que muestres esa lumbré
Por siempre vencedora,
Reinar y avasallar como señora,
Rendir y embelesar es tu costumbre.
Vedla en los campos de Vertuno y Flora
Cuando los huella con gallardo brío,
Y allí, en puros aromas y en colores,
Hunillará las flores,
Hijas del sol y alumnas del rocío.
O si ya de la selva en el sombrío
Recinto, al eco ronco
Del resonante caracol, las fieras
Volando en su caballo alza y fatiga;
Ellas con planta alada huyen ligeras
De la Ninfa veloz, y huyen en vano:
Su vista penetrante las persigue,
Y el rayo abrasador arde en su mano.
Arde y estalla; el plomo silba, caen,
Y el eco suena en torno. El bosque adora
Su bella cazadora,
Ansiando ufano que á batirle vuelva
La que con su atractivo sobrehumano
Es Flora en el jardín, Cintia en la selva.
Y si en el rico estrado reclinada,
Qual dama delicada,
Habla discreta y apacible rie,
¡Oh! cuál tras sí los corazones lleva,

Sea que el pié fugitivo en danzas guie,
 Sea que al sonoro acento
 De su arpa, herida en delicioso tono,
 Rinda las almas y embebezca el viento!
 Subidla luego al resplandor del trono;
 Y á su aire augusto, á su ademán divino,
 Veréis la tierra enmudecer, postradas
 Ante ella las naciones,
 Y en aplausos sin fin y adoraciones,
 Sus destinos cifrar en su destino.
 ¿Qué la beldad no alcanza
 Cuando se une al poder? El mismo cielo
 Obedece á su anhelo,
 Si al cielo acaso conmovier le agrada:
 A una sola voz suya, á una mirada,
 Apaga Jove el iracundo rayo,
 Depone Marte la sangrienta espada.
 ¿No es tal, sacra Parténope, la excelsa
 Joven real, cuya dorada cuna
 Tú ya meciste en su primer oriente?
 Ella en su faz purpúrea y noble frente
 Lleva escrita su gloria y su fortuna.
 Y espléndida y riante
 Se lleva por los campos de la vida,
 Cual la estrella de amor, cuando en el cielo
 Por los espacios lóbregos se lanza
 A abrir la puerta al venidero día;
 Y brilla con la luz de la alegría,
 Y es bella como es bella la esperanza.
 ¿No es ésta ya la que á la régia silla
 Destina alegre el hado,
 Con el pueblo español ménos airado?
 ¿La misma que en la orilla
 Del Sebeto feliz creció primero
 A ser delicias del Monarca Ibero,
 Y astro de paz benéfico á Castilla?
 ¡Oh cuánto tarda ya! ¡Cómo no llega,
 En alas de los céfiros traída,
 A contentar al público deseo?
 Tú, que el soberbio tálamo preparas,
 Mira arder el incienso ante las aras
 Y vén á nuestra voz, santo Himeneo.
 La sien ceñida de amaranto y rosas,
 Con apacible vuelo
 Del Olimpo á la tierra tú descendes:
 Por do quiera que tiendes
 Las alas vagarosas,
 Huyen las nubes, se serena el cielo;
 Y de la antorcha al sacudir la llama
 Que la adorable esposa á Ibéria guía,
 Del Ebro á Guadarrama
 Que todo se penetre en tu ambrosia.
 Todo te aplauda; en resonantes himnos
 Todo se inunde: el monte
 Los diga al valle, y los repita el río,
 Y los aprenda el mar. ¡Ella aparece!
 ¿No veis cuál resplandece
 Del arbol del alba enrojecida,
 Por las gracias ornada,
 Y de alta gloria y majestad cercada?
 ¿No veis cómo á los rayos de su frente
 Todo con grata admiración se inclina?
 Ella es; la angusta Reina de Occidente:
 Ella es; la amable y celestial *Cristina*.
 Nombre adorado, y en España ahora
 Primera vez oído, ¡oh! siempre seas
 Con tanto amor y gratitud cantado
 Como hoy estás de aclamación seguido!
 Estrechamente al de Fernando unido,
 Escrito en letras de oro centelleas;
 Y en medio á los magníficos festones,
 A las bellas guirnaldas con que el arte
 Tu cifra con la suya enlazar pudo,
 Es más estrecho el nudo
 Con que la voz del regocijo alzando
 Su alborozado aplauso al raudo viento,
 Suben juntos á herir el firmamento
 Los nombres de *Cristina* y de *Fernando*.
 Vén, pues, y de tu estirpe, oh nueva esposa,
 La fortuna recibe: orne tu frente
 La diadema esplendente
 Que pases luego á tu progeie hermosa.

Aquí nació tu madre virtuosa;
 De aquí el destino á la dichosa Italia
 Nos la robó; y al saludar contigo
 Este albergue real, un tiempo suyo,
 Ufana de la luz que la acompaña,
 Decir parece á su querida España:
 «Aun más que te debí te restituyo.»
 ¿Qué te suspende, oh Musa? Ya á Himeneo
 Con su doble guirnalda
 Ceñir la sien de los esposos veo:
 Ya el áureo velo tiende.... ¡Oh! No te atrevas
 Más adelante á penetrar.... Un día
 La antigua poesía
 En el canto nupcial plácido y leve
 De amor el triunfo celebrar solía;
 Cuando, más halagüeña que sublime,
 La zozobra pintaba, el gozo, el llanto,
 El inefable encanto
 Del timido pudor, que cede y gime,
 Y tanto halago y tanto
 De que entónces te adornas, oh hermosura,
 Para más abrazar: la ufana rosa,
 Cuando á besarla llega
 El céfiro, amorosa
 La pompa así de su beldad despliega.
 No empero igual licencia, oh Musa mía,
 Te es permitida á ti; mayor reserva
 Se debe á la deidad alta y triunfante,
 Venus sin duda en su gentil semblante,
 Pero en decoro y majestad Minerva.
 Deja ese tono, pues, de mil ya usado,
 Y cantado ya á mil: diverso acento
 En este gran momento
 Deberá ser el tuyo, otras las sendas
 Son que el délfico Dios abre á tu gusto;
 Y cuando al són del plectro el aire hondas,
Cristina y la virtud te oigan sin susto.
 Desde ese trono excelso en que sentada
 Los ámbitos de Ibéria señoreas,
 Tiende la vista y mira en todas partes
 Arcos sublimes, títulos, trofeos
 Y fiestas en tu honor: dulce tributo
 Que vuelto en gala el doloroso luto
 Rinde á tus plantas la nación hispana.
 Recibe tú su amor y sus deseos;
 Recíbelos, oh ninfa soberana,
 Con dulce afecto á sus plegarias pío;
 Y la suprema voluntad doblando
 Del amante Monarca á tu albedrío,
 Haz de tus ojos al clemente fuego,
 Benigno el mando y poderoso el ruego.
 Que bien esta region merecedora
 Es de tu afán y maternal cuidado:
 Mira con cuánto agrado
 La favorece el sol, qué rico el suelo,
 Qué apacible es el aire; en donde quiera
 Verás la primavera
 Florecer y reir; y el siglo de oro
 Renovado á tu voz, la dura encina
 Y envejecido roble
 De su áspero cabello
 Miel para tí destilarán, *¡Cristina!*
 ¿Buscas un bello clima? ¡Este es tan bello!
 ¿Buscas un pueblo noble? ¡Este es tan noble!
 ¿Acaso palmas del honor preguntas?
 El mundo te responda, que asombrado,
 Por la española intrepidez doblado,
 Apenas pudo contenerlas juntas.
 Su número fué escándalo; y la suerte,
 El cáliz de favor con que algún día
 Nos embriagó falaz, trocó á rigores:
 Dos siglos de dolores
 Vanse á cumplir, y aún viva
 Parece arder su saña vengativa.
 ¡Oh discordia! ¡Oh rencor! Tristes pasiones,
 Ministras viles de venganza extraña,
 Y ajenas tanto al corazón de España,
 ¿No es tiempo ya de que ceséis? ¡No es tiempo
 De que sus hijos alcen
 La frente al cielo con vigor? ¡Pudieran
 Los castellanos pechos,
 A tal fortuna y contratiempos hechos,

Ser tan grandes aún, si ellos quisieran!
 Y habrán de serlo al fin: que decretado
 Sin duda fué por el querer del cielo
 Este enlace magnífico y sagrado
 Para bien de un gran pueblo. ¡Oh digna esposa
 Del Monarca español, fiel compañera
 De su incesante afán y alto desvelo!
 Tú en obra tan sublime
 Asístele eficaz; triunfo debido
 Es ése á tu candor, á tu hermosura,
 A tu espíritu excelso.... ¡Quién me diera
 Romper el velo que la edad futura
 Entre sombras esconde, y ver mi España
 Acorde dentro, respetada fuera,
 Vuelta á la gloria y rica de ventura!
 Acelerad, oh cielos, tales días,
 Y salgan ciertas las promesas mías.
 ¡Oh, cómo el genio imitador entónces
 El inmenso caudal que en sí atesora
 Desplegará, y en mármoles y en bronces
 La efigie hermosa y los ilustres hechos
 Dará de la inmortal restauradora!
 ¿Podrá á tanto bastar la fantasía?
 ¡Ah! mientras que á porfía
 Las artes ostentando sus primores
 Contendán en su honor, en medio alzada
 Con dulce exaltación y ardiente brío
 Dirá la gratitud: «Vuestros loores
 No pueden ser eternos sin el mío.
 Este es el perdurable, el verdadero,
 El que conviene á su bondad divina:
 Yo la grabé en el pecho al pueblo ibero
 Cuando en letras de amor puse: *¡Cristina!*
 1829.

ROMANCES.

I.

La diversion.

El amor se ha desprendido
 De los brazos de su madre,
 Y alegrando el universo,
 Se está suspenso en el aire.
 El os contempla, zagalas,
 Y mirándoos se complace
 Al ver las gracias que os dicron
 Las estrellas liberales.
 El al placer os convida,
 Al regocijo y al baile;
 ¿Y seréis sordas vosotras
 A sus influjos suaves?
 ¡Mirad cuál todo se anima!
 De flor se visten los valles,
 De hierba se cubre el campo
 Y el viento pueblan las aves.
 Animáos también vosotras;
 Gozad la estación amable,
 Que sobrada vida os queda
 Para devorar pesares.
 Más rápido que una flecha
 Que vuela hendiendo los aires,
 El tiempo vuela y se muere,
 Muere el tiempo y no renace.
 Tiempo vendrá en que os aflijan
 Las memorias lamentables,
 De placeres que perdisteis,
 De horas que desperdiciásteis.
 Ea, pues; que nada se pierda,
 Salid alegres al baile,
 Los instrumentos resuenen
 Y la risa os acompañe.
 Vén tú, la alegre zagala,
 Atención de mil amantes,
 Y cuyos ojos, si miran,
 No hay corazón que no abrasen.
 Plácidamente severa,
 Severamente agradable,

Te acompañará tu hermana
 Y alentaréis todo el valle;
 Mientras que á encantarnos venga,
 Mientras que enlazada sale
 Con la gallarda Belisa
 La linda y modesta Dafne.
 Vén tú, en fin, ninfa divina,
 Vén, en fin, y no te tardes,
 Tú, en cuya tez los claveles
 Con la azucena combaten;
 Tú, en cuyos labios de rosa
 Fabrica amor sus panales,
 Y en cuyo soberbio seno
 El placer viene á posarse.
 ¡Dichoso aquel que tu beldad admira,
 Que tus gracias contempla atentamente,
 Que el blando influjo de tu genio siente,
 Que de amor puede hablarte, y que suspira!
 Mérida, 1792.

II.

A Dafne, en sus días.

Á aquella airosa andaluza
 Que en las riberas de Cádiz
 Es, por lo negra y lo hermosa,
 La esposa de los cantares;
 A la que, en el mar nacida,
 La embebió el mar de sus sales,
 Cada ademán una gracia,
 Cada palabra un donaire;
 Vé volando, pensamiento,
 Y al besar los piés de Dafne,
 Dile que vas en mi nombre
 A tributarle homenajes.
 Hoy son sus alegres días,
 Mira cuál todo la aplaude;
 Ménos fuego el sol despide,
 Más fresco respira el aire.
 Los jazmines en guirnaldas
 Sobre su frente se esparcen;
 Los claveles en su pecho
 Dan ciencias más suaves.
 Y ya que yo, sumergido
 En el horror de esta cárcel,
 Ni aún en pensamiento puedo
 Alzar la vista á su imagen,
 Rompe tú aquestas prisiones,
 Y vuela allá á recrearte
 En el raudal halagüeño
 De su sabroso lenguaje.
 Verás andar los amores
 Como traviesos enjambres,
 Ya trepando por sus brazos,
 Ya escondiéndose en su talle,
 Ya subiendo á su garganta
 Para de allí despeñarse
 A los orbes deliciosos
 De su seno palpitante.
 Mas cuando tanto atractivo
 A tu placer contemplares,
 Guárdate bien, no te ciegues
 Y sin remedio te abrases.
 Acuérdate que en el mundo
 Los bienes van con los males,
 Las rosas tienen espinas
 Y las auroras celajes.
 Vistióla, al nacer, el cielo
 De aquella gracia inefable
 Que embelesa los sentidos
 Y avasalla libertades.
 Los ojos que destinados
 Al Dios de amor fueron ántes,
 Para que en vez de saetas
 Los corazones flechase,
 A esa homicida se dieron
 Negros, bellos, centellantes,
 A convertir en cenizas
 Cuanto con ellos alcance.
 Y cuentan que amor entónces
 Dijo, picado, á su madre: